

mente esto, entonces podríamos elegir y darnos una nación diferente a la que estamos viviendo ahora. Tendríamos también con qué oponernos al despojo económico, a la desazón y a la desesperanza. Estaríamos apoyándonos en experiencias de coraje colectivas, que forman, promueven y sostienen las individuales, para enfrentar el pasado que subsiste y por lo tanto al propio presente aterrorizado. La vida social vencería a la muerte y el desamparo privado.

*¿Desde dónde está pensada esta crisis? ¿Hasta dónde la obsecuencia a las fundaciones que financian estas investigaciones?*

Si partimos de lo anterior, podemos pensar, en 1983, qué pudo pasar con los intelectuales. Como vimos, sienten seguramente lo que todos. Prosiguiendo esta línea hay quienes pueden reconocer el miedo y tornarlo consciente; otros siguen escribiendo y pensando para no verlo: lo visten de palabras. Algunos, seguramente, lo enfrentan sin poder decirlo y, quizás hacen —piensan, escriben, actúan— mucho más que otros, y aparece en lo que dicen. Entonces, sin pretender levantar el dedo, vemos que hay intelectuales «libres» sometidos al mismo límite que los que se mantienen en el molde de las fundaciones internacionales. Pensar de cierta manera también es una forma de institucionalizar el pensamiento, las ideas. «Mantenerse en el molde»: la expresión popular lo dice claro.

Creo que fuera de la relación que tienen los intelectuales con las fundaciones hay algo previo, que está situado más abajo, y que la crítica a las fundaciones no alcanza: me refiero a la institucionalización primera de la muerte en la subjetividad del que piensa. Pensar tiene sus riesgos, y se incrementa —quizá sólo imaginariamente— cuanto más desnuda y muestra la realidad que amenaza. Ese es el riesgo del pensamiento y de la acción política: cuanto más profundiza los obstáculos que se oponen a la vida, y los señala, más abre en sí mismo y se agranda la amenaza de muerte. Más se propone como «blanco» de la táctica represiva: más se agiganta en él mismo la figura del «desaparecido» cuyo recuerdo y deuda contradictoriamente lo animan a hacer lo que hace.

Estamos hablando de la «institucionalización» del terror: está como fundamento inconfesado de todas nues-

tras normas sociales. Y hablando de los intelectuales, ¿por qué no pensar que muchos de ellos son intelectuales aterrorizados? No hablo de un Grondona o de un Massuh: están del otro lado. Se sacaron de encima la odiada muerte y la pusieron lejos de sí mismos, en los otros temidos. Ellos hablan de la muerte y del asesinato en que se cobijaron, en ellos habla la muerte, son muerte escribiente. La lógica de sus ideas tiene la misma estructura que la de un arma de fuego: apuntan a provocarla. Forman parte de la serie causal que los lleva hasta el cuerpo de los desaparecidos: pusieron la cara y las ideas para producirlos y justificarlos. Para mí son tan responsables como los otros.

Hablemos de los intelectuales que no están en eso. La institución que los reúne nunca es primera: las fundaciones, las universidades y las instituciones cobijan el miedo, aunque también ayuden a crearlo. Lo acentúan al poner condiciones, aunque no sean explícitas, para la permanencia. Además, muchas de ellas están sostenidas por partidos poderosos, también internacionales: es un reaseguro. Toda institución es un resguardo de la intemperie social que nos asusta. Nos da una salida bajo la presunción de poder pensar e institucionalizar, en un segundo momento, esta institucionalización primera del terror, que es común a todos. Desde ella podremos aparecer «representando» la función intelectual. Pero su función primordial servirá para eludir la angustia de muerte que en el fondo de uno mismo se soslaya. Para mí, la institucionalización del trabajo en las fundaciones no es lo determinante, aunque puede ser una trampa sutil o cínica. Pero no todos caen, o se hacen caer, en ella: hay quienes, a pesar de todo, siguen haciendo lo suyo porque utilizan este privilegio para pensar contra el sistema que les da el privilegio. En este sentido, todo intelectual siempre debería, creo, estar luchando contra el poder que le concede el privilegio de serlo. Construir ideas es un desafío a la corrupción y a la prebenda.

*¿El pueblo nunca se equivoca? La actividad intelectual ¿bajo qué concepto del pueblo se cobija?*

Hablemos, por ejemplo, de una premisa básica: la verdad reside en el pueblo. Así el pueblo es un todo abstracto y la verdad, una luz que desde él emerge. No son relaciones materiales y simbólicas que constituyen y or-

ganizan el ejercicio y la dirección posible de esa fuerza así pensada.

En última instancia, si nosotros criticamos y comprendimos, por ejemplo, qué significaba el peronismo para los intelectuales que lo apoyaron, es evidente que también allí había puntos ciegos en la subjetividad de estos compañeros que se identificaban o creían en Perón, o creían que con la ideología y con la actividad de ese peronismo podían crear una masa revolucionaria no sólo real sino inmediata. Nosotros rechazamos esa concepción, ilusoria más que imaginaria. Sin duda también teníamos nuestros puntos ciegos, pero estaban situados en un lugar distinto al de ellos. Creo que ahí también el problema de la subjetividad tiene que ver con el reconocimiento doloroso de los propios límites. Soportar el temor de no poder contar con todos aquellos sectores populares que habían sido ganados por el peronismo: quedarnos casi solos. Y tener que quedarnos a la izquierda de esa izquierda, ya no sabemos muy bien dónde.

*¿Hasta dónde el terror modificó el comportamiento de la sociedad?*

Ya todo es diferente para la acción política. La «substancia» de los hombres se ha modificado: no verlo significa ignorar a quién se le habla, quién nos puede escuchar, qué experiencia podemos ayudar a abrir para modificar ese núcleo que el terror abrió en cada uno y permitió que la realidad se organizara de este modo. Queremos decir que la sociedad argentina se *aggiornó* con la dictadura, entró en las condiciones terribles que la realidad internacional conoce, por la que ya habían pasado los pueblos europeos y que al parecer nosotros habíamos eludido. Toda América Latina está *aggiornada* ahora al terror, incluyéndonos a nosotros, aunque Dios sea criollo.

Habría que profundizar las consecuencias subjetivas, sociales, del terror. Comprender cómo cala y produce la inmovilidad en todos los órdenes de la vida. También, por lo tanto, en la política. Cómo está en el fundamento del postmodernismo, de la socialdemocracia: nos quieren hacer creer que hay un límite que no se puede atravesar, y que hay que pensar sólo desde allí, porque lo otro, aquello en lo que pensábamos antes, no existe. Por debajo de ese límite no se puede pensar ni actuar: aparece la amenaza de muerte, muda y vacía. Con ella desaparecen los planteos de la enajenación, de la plusvalía,

de la racionalidad capitalista, del control de personas, la razón tecnológica: desaparecen los desaparecidos. Sólo se puede pensar desde los postulados que el sistema te propone, porque están sostenidos por el terror. Con el corte que el terror impone ya ni siquiera se puede poner en juego, conceptualmente, que ese efecto social existe. Resulta que nosotros mismos somos su efecto.

Entonces vuelven a validarse viejos planteos que la cultura de izquierda creía superados porque los había pensado, pero que están arraigados en la lógica básica y mínima de eso que se llama conciencia pensante, pero que es cuerpo que piensa desde sus propios límites. El terror ahonda en la realidad los límites, reticula el espacio, distribuye los tiempos, porque cala hondo. Y con su amenaza abre lo infinito de un espacio y un tiempo subjetivos en el que nos refugiamos: nos separa dentro de nosotros mismos en los mismos conceptos con los que pensamos. Porque pensamos desde lo que vivimos. De allí que vuelvan a acentuarse esas dicotomías y esos cortes que prolongan la metafísica occidental y cristiana en la vida cotidiana del liberalismo: alma/cuerpo, individuo/sociedad, naturaleza/cultura, valor de cambio/valor de uso. Y que el socialismo real también sostenía.

Pero sobre todo una dicotomía que fundamenta la negación de la violencia que sostiene el sistema aún en la democracia: la separación entre guerra y política. Al llegar la democracia alfonsinista se pensó que se había abierto el campo de la paz y había quedado superado el campo de la guerra. Se veía la violencia sólo al nivel de las armas, pero se dejaba de ver que la guerra se prolongaba en el campo de la política como estructura de dominación.

Esto es la permanencia del efecto de la guerra en la paz: por lo tanto, la permanencia de las condiciones de guerra en la política. Porque supone la prolongación viva y activa del terror por todas partes, impregnándolo todo. Se lo palpa en la diseminación y la dispersión de la gente, en la violencia mortal que la expropiación económica ejerce sin resistencia, en la acentuación de las formas fascistas de la educación, en los programas de TV y de radio, en lo que dicen los diarios, en las caras de los políticos, sin hablar de los carapintadas. Como si este país estuviera todo él formado por gente acobardada. En pocas palabras: producen una imbecilidad difusa que nos ataca por todas partes: cuentan con que

todos deberán plegarse y que no entienden nada. En esta paz política cuentan con la impunidad anterior que los sostiene para hacer lo que hacen.

Por lo tanto, habría que pensar la subsistencia y la permanencia de la guerra en la política, y desentrañar el asiento tenaz y difuso de la agresión y la violencia impune, sistemática y normativa. Esto que estoy describiendo es guerra, si vos querés «psicológica», pero que expropia la vida de la gente, y los mata a su manera. Y hay, debe haber, una forma política de enfrentarla sin caer en la ilusión de crear un poder semejante, el del terror y las armas, que ellos manejan.

*¿Tuvo responsabilidad la intelectualidad alfonsinista en el terror?*

El alfonsinismo, con la socialdemocracia, juzgó a los militares porque produjeron el terror de Estado, pero no incluyeron en el juicio a los otros poderes responsables: al poder económico, al poder religioso, al poder político, al poder de los medios que forman la opinión pública, que fueron cómplices y que constituyeron, con el poder armado, una estructura, sin la cual los militares no hubieran podido hacer lo que hicieron. En la medida en que se exculpaba al poder económico, separando en la política a la guerra de la economía, quedó por un lado la gente frente a las imágenes de horror y de muerte, aisladas, despojadas de sentido, sin ver cómo esa misma muerte —el hambre, la enfermedad, la violencia cotidiana, la marginalidad, el fracaso— está produciendo sus efectos letales bajo otras formas que se prolongan tal cual en el campo económico de la paz política. Alfonsín consolidó la escisión subjetiva que produjo el terror y la confirmó en la realidad objetiva. La gente estaba instalada en la dicotomía y por eso al principio creyó en él: tampoco había que exagerar las cosas, la muerte tenía su lugar fijo en los militares. Sin embargo, muchos lucharon: había más memoria en la gente que en la propuesta del gobierno. Porque al separar Alfonsín los Derechos Humanos de los Derechos Sociales, dejó de incluir el sentido de «derechos humanos» que tenían las trece huelgas económicas, como si no expresaran una fuerza real en la que esos derechos tenían que apoyarse. Excluyó esa exigencia popular que hubiera permitido unir los dos extremos separados. Y al fin traicionó a las dos: a los derechos humanos y a los dere-

chos sociales. Este desprecio hacia las fuerzas populares, que constituyen el único lugar desde el cual se pueda crear y unificar una fuerza política real para enfrentar al poder armado y al poder económico, se hizo evidente en la defección imborrable de Semana Santa. Y terminó finalmente con el golpe de Estado económico, cuyo secreto no revelaron nunca —porque aspiran a volver a ser gobierno y aquí juega la ley de la lealtad debida.

La separación tajante y aparente entre guerra y política, la no comprensión de las fuerzas que están presentes en el campo de la política y que por lo tanto deben ser pensadas con las «categorías» conceptuales de la guerra —que es como la piensa y la prepara la derecha— es lo que intentamos discutir. La guerrilla había «actuado» la guerra de la derecha, pero no había pensado desde las categorías de esa guerra una política distinta. Defraudados y hasta horrorizados de lo que habían producido, cayeron en la democracia como socialdemocracia, excluyendo que debía ser pensada, en su verdad y en su existencia, desde la fuerza militar sobre la que se sostenía. No decimos esto para validar la guerra. Por el contrario, es para pensar el fundamento de fuerzas a la defensiva de la mayoría inerme, que se halla presente en la realidad del enfrentamiento político. Son los liberales los que piensan la política con las categorías y los recursos de la guerra. Esto significa que hay que suscitar otras energías, otras fuerzas contenidas, que no tienen que ver con la de las armas (donde es más fuerte la ofensiva minoritaria). A la mayoría la hacen jugar en el legalismo jurídico, en las formas mínimas e ilusorias de la participación, sin contenido, de la democracia, sin desbordar la materialidad que sostiene ese legalismo: sin verificarlo. Creo que debería servirnos para plantear desde allí una estrategia diferente en la democracia.

El sistema democrático construyó su representación como un teatro: se tomaron en serio que el pueblo sólo gobierna a través de sus representantes. Pero los actores simulaban sus papeles: representaban intereses ajenos a los que declamaban. El representante estaba ligado a los representados sólo por el hilo tenue y secreto del papel del voto, el imperio de lo más abstracto. Pudo haber sido diferente. Y prolongando la abstracción, tanto el radicalismo como el peronismo plantearon el problema político como un pacto jurídico entre distintos «símbolos» y corporaciones, pero se dejó de mostrar el fun-